

Índice de los Artículos	Página
Jonás, 8ª parte	1
Ejercicio del Don	3
La Palabra Viva de Dios	5
Peligros de las Asambleas	5
Jehová es Justo y Ama la Justicia	7
Fuerza Renovada	10

Jonás, 8ª parte

Steve Walvatne

La Morgue

“Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez” (2:1).

En Jonás 2, el profeta se hunde en una verdadera morgue. Su experiencia en el mar y en el vientre del pez fue equivalente a ser enterrado vivo. Se encontraba sepultado, por así decirlo, en un lugar de lo más inhóspito. Si Nínive le había parecido un ambiente intolerable a este profeta de Israel, ¿cómo debe haber sentido este encierro? Sin embargo, la misericordia de Dios le proveyó este lugar inusual de preservación y lo utilizó para inducir la recuperación espiritual de Jonás.

En general, este es un capítulo de oración. Algunos lo llaman una oración para liberación; otros, una oración de acción de gracias. Esto último parece ser más exacto porque Jonás no “pide” nada, sino más bien agradece lo que el Señor ya ha hecho por él para preservar su vida. “Cuando Jonás había sido tragado por el pez y encontró que había sido preservado con vida en el vientre del pez, él consideró esto como una promesa de liberación, por la que alabó al Señor” (Paul Kleinert: Comentarios del Antiguo Testamento de John Lange). Malcolm Horlock añade que Jonás estaba “mirando hacia atrás a su oportuno rescate —una respuesta innegable a una oración anterior, cuando fue echado al mar... Verdaderamente, Dios había intervenido para transportarlo desde el “seno del Seol” (v.2), al ‘vientre del pez’ (v.1)...” (Los Profetas Menores: Su Relevancia para Hoy, Jonás).

Jonás dijo que clamó “desde el seno del Seol”. Seol corresponde con la palabra ‘Hades’ en el Nuevo Testamento, y ésta, aunque traducida de diferentes maneras, generalmente se refiere a la morada de los espíritus difuntos. Esto no significa, sin embargo, que Jonás realmente murió y fue al “Seol”, sino que estaba en un lugar profundo rodeado por la esencia de la muerte.

Antes de esto, Jonás fue rebelde y decidido en su rebeldía. Ahora, sin embargo, Jonás ora y esto es un signo positivo. Siempre es bueno cuando los santos oran. Pero, ¿por qué Jonás esperó tanto tiempo? Uno pensaría que la tormenta hubiera impulsado este deseo, o que antes de que los marineros lo arrojaran por la borda, él habría rápidamente llamado a Dios. Pero no. Sólo oró ante el peligro de ahogarse en el Mar Mediterráneo. Y ahora, en el pez, ora de nuevo.

Por desgracia, esa es la manera con el pecado. Genera una especie de parálisis espiritual que sólo vigoriza a la carne, llevando a un mayor alejamiento de Dios. Piense en Adán y Eva. El pecado los acobardó. “Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto” (Gen. 3:8). Jonás actuó de forma similar. Después de ser expuesto y obligado a declarar ante los marineros, parecía ansioso de huir de un mayor escrutinio al sumergirse en las profundidades tormentosas, como para afirmar lo que dijo después, “Mejor sería para mí la muerte que la vida” (4:8).

Esto ilustra una realidad común, que una vez que los santos siguen un curso contrario a la voluntad de Dios, es difícil dar la vuelta. Las cosas que detendrían a un alma sensible o por lo menos le haría reflexionar, tienen un mínimo impacto en los resueltos. Éstos profundizan en el pecado, haciendo más difícil la restauración, llegando a ser como Sansón, quien “no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (Jue. 16:20). Separados de la gentil intervención de Dios, ¿quién sabe cómo terminarían estas almas descarriadas? Jonás descendió y descendió y descendió antes de tocar fondo como lo vemos aquí -

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de “Verdades para Nuestros Días”, ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de “Verdades para nuestros Días”, y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

“Descendí a los cimientos [o ‘extremidades’] de los montes” (v. 6).

Hundiéndose en ese ambiente como de morgue, Jonás de repente se dio cuenta de su peligro. Al igual que el hijo pródigo de Lucas 15, por fin “volvió en sí” (v.17) y oró, reenviando su destino en las manos de Aquél que momentos antes había tratado de evitar. No pudo ganarle la partida a Dios, y tampoco nosotros podemos. Con el tiempo, todas las vías de la rebelión se cierran sobre el rebelde. Jeremías escribió sobre el obstinado Israel, “El Señor llegó a ser como enemigo, destruyó a Israel; destruyó todos sus palacios, derribó sus fortalezas, y multiplicó en la hija de Judá la tristeza y el lamento” (Lam. 2:5). Detrás de estas palabras está un principio que no nos atrevemos a pasar por alto. El pueblo de Dios no puede hacer lo que le plazca. Si, como Jonás (o Israel), persisten en frenar la voluntad del cielo, entonces Dios se convierte en un adversario, esperando devorarlos. Tal acción implica naturalmente mucho dolor y sufrimiento que podrían haberse evitado, sin embargo, en ello hay lecciones misericordiosamente destinadas a restaurar al errante.

“Entonces oró Jonás a Jehová su Dios”. Aquí estaba la oración de acción de gracias de Jonás desde dentro del pez, y esta declaración es evidencia que se estaba recuperando la práctica de la intimidad de la relación. Posicionalmente, por supuesto, Jehová seguía siendo el Dios de Jonás, pero la desobediencia había mellado su realidad. Nada en la tierra puede superar la comprensión interior de que el Señor es “mí” Dios, o como dijo David, “El Señor es mi Pastor...” (Sal. 23:1). Johnson Oatman Jr. escribió alrededor de tres mil himnos y entre ellos está uno que captura bellamente la esencia de esta relación:

Hay Uno sobre todos los amigos terrenales
Cuyo amor todo amor terrenal trasciende,
Es mi Señor y Cristo divino,
Mi Señor, porque sé que es mío.

Es mío porque Él murió por mí,
Él salvó mi alma, me puso en libertad;
Con gozo lo adoro en Su santuario
Y clamo, “Alabado sea Dios, sé que mío es Él”.

Algún día sobre las calles de oro
Mis ojos Su gloria contemplarán,
Entonces, mientras me rodean Sus brazos,
Clamaré con gozo, “Yo sé que mío es Él”.

Sé que es mío, este Amigo tan querido,
Él vive conmigo, Él está cerca siempre,
Diez mil encantos alrededor de Él brillan,
Y, lo mejor de todo, yo sé que mío es.

Jonás descendió a un lugar donde ningún humano podía escuchar su clamor. Sólo el Señor podía sondear las profundidades y comprender la plena medida de sus gemidos y lágrimas. Todos los días suben oraciones de todos los lugares del mundo, sin embargo, pocos lugares tan singulares como el de Jonás. Nehemías oró mientras servía en el palacio. Pablo y Silas oraron mientras sufrían en una prisión, y Ana oró angustiada ante un sacerdote (Neh. 2:4; Hechos 16:25; 1 Sam. 1:9-18). Daniel estaba en su habitación, Pedro estaba en un techo, y Pablo se unió a otros junto a río a orar (Dan. 6:10; Hechos. 10:9; 16:13). El ingrediente clave, por supuesto, es que oremos “al Señor” como lo hizo Jonás. A veces las oraciones públicas se desvían. Las oraciones que predicán sermones están mal dirigidas, las oraciones que provocan a los santos son malvadas, y las oraciones que promueven al que las hace son simplemente miserables. Estas no son súplicas, sino maquinaciones destinadas a satisfacer la carne y perturbar a la congregación. ¡Qué el Señor nos guarde de tales!

En el versículo 2, el profeta comienza a revelar lo que expresó cuando estaba confinado en el vientre del pez. Cuando se ahogaba, él dice que “invocó” y “clamó”. La primera palabra “invocó” es qara, que significa “clamar” o “proclamar”, lo mismo que Jonás iba a hacer ante Nínive (1:2), pero ahora tuvo que hacerlo ante Jehová. El no podía “llamar” a otros desde el fondo del mar. ¡Qué aprieto era éste! El pecado lleva a las almas descarriadas a circunstancias inimaginables.

La segunda palabra “clamó” es shawa, “un clamor de ayuda en la angustia” (Estudios de la Palabra del Antiguo Testamento de Wilson). Si qara era la responsabilidad original de Jonás en Nínive, entonces shawa era lo que Nínive tenía que hacer cuando escucharan el mensaje de Dios. Y, en efecto, Nínive hizo precisamente eso por un tiempo, como lo demuestran sus acciones en el capítulo 3. Pero aquí, el siervo estaba él mismo angustiado. Él estaba en necesidad de misericordia. El Señor atendió su clamor, aunque la humillante experiencia no suavizó los sentimientos de Jonás hacia Nínive, como uno podría haber pensado. Qué desconsiderado puede ser el corazón aun cuando Dios ha sido misericordioso. Viene a la mente Mateo 18:32-33, donde un señor reprendió a un conservo implacable, diciendo, “Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti?”

No obstante, los clamores de Jonás fueron fervientes. Ascendieron silenciosamente desde su corazón mientras se hundía más profundamente en el mar. Las súplicas no pronunciadas son a menudo las que tienen más peso. “Aquí no es simplemente una gran voz”, escribe James Clyde. “Implica un involucramiento cercano al corazón, gran fervor, solemnidad, e importunidad. Esto está indicado más intensamente, ya que se repite la palabra” (El

Ilustrador Bíblico: v.10). George Young está de acuerdo, diciendo que el Omniscente “lee el lenguaje del corazón, oye la voz del alma, y entiende los gemidos indecibles. La expresión que Jonás emplea está destinada simplemente a indicar la calidez de sus deseos: oró con gran fervor, como quien clama en voz alta por liberación” (Sermones en el Libro de Jonás).

Las aflicciones con frecuencia extraen fervientes súplicas: “Invoqué en mi angustia...” Cuando todo está bien, oramos, pero raramente como lo hacemos cuando las cosas van mal. Santiago dijo de Elías, “La oración eficaz del justo puede mucho” (5:16). En medio de la “tibieza” de nuestros días (Ap. 3:16), cada vez menos oraciones tienen el fervor que solían tener. De hecho, el fervor o pasión en el púlpito y en las reuniones de oración generalmente son ridiculizadas por las mentes modernas. Está bien para los negocios y está bien para los juegos de pelota, pero “fuera de lugar” cuando se trata de asuntos de consecuencias eternas. Sin embargo, cuanto más nos adaptamos a ese tipo de pensamiento, menos eficaz se vuelve nuestra predicación y oraciones. Santiago dijo otra vez, “Elías...oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses” (5:17). Hebreos 5:7 dice que el Salvador ofreció “ruegos y súplicas con gran [o fuerte] clamor y...fue oído a causa de su temor reverente”. Ese fervor de expresión se desarrolla desde lo más profundo del alma. Nada es “monótono” en esa clase de oración.

Seguro en el vientre del pez, Jonás alabó a Dios por escuchar su ruego, probablemente considerándolo como una señal de más bendiciones por venir. El Señor “prestó atención” y “estaba atento”, aunque Jonás personalmente no había escuchado cuando Jehová lo llamó. Podríamos denigrar la negligencia del profeta, si no hubiera fallas similares en nuestras propias vidas. Más bien, nos regocijamos en saber que Dios es un Dios de restauración. Jonás hizo lo mismo, a pesar de que el ambiente presente era como de morgue.

(Continuará)

**Como siervo de Dios,
nada es más importante que
preservar una conciencia pura.**

Ejercicio del Don

William Rogers

(Extraído de “Notas de la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios”)

Hemos estado ocupados en cierta medida con el capítulo 14, mientras estuvimos considerando sus conexiones

con los dos capítulos que lo preceden. Si estas conexiones se tienen en mente ayudarán grandemente hacia un entendimiento del mismo; porque los tres capítulos juntos forman, como hemos visto, una sección clara y definida de la epístola.

Parece evidente, por la forma en la que a comienza el capítulo 12, que el tema de los dones fue un tema sobre el cual habían escrito a Pablo los Corintios (cap. 7:1); pero desde el capítulo 14 también parece claro que los informes que le habían llegado sobre su conducta (cap. 1, 11) incluían una referencia a la forma en la que habían dado mal uso a algunos de estos dones en sus reuniones. En nuestro capítulo se sugiere que hubo por lo menos tres manifestaciones de este mal, y todas ellas se levantaron por medio del ejercicio del don para la mera exhibición, en vez de para edificación. Estas manifestaciones fueron:

1. Prominencia indebida dada a hablar en lenguas, como el más llamativo entre los dones que poseían. Esto toma la mayor parte del capítulo.

2. Renuencia a esperar unos a otros, lo que llevaba a varios a ejercitar sus dones al mismo tiempo, y dio lugar a “confusión” (v. 30-33).

3. Ciertas mujeres que se dirigieron al frente, reclamando el mismo derecho que los hombres a tomar parte del ministerio público (v. 34-36).

Han surgido muchas preguntas con los asuntos aquí tratados, y son muchas y variadas las opiniones que se han expresado con respecto a ellos. En vez de añadir al número de opiniones, “notaremos”, sin embargo, de acuerdo con nuestro título, algunas de las claves que se encuentran en el mismo capítulo, y también en otros lugares, para nuestra ayuda en su correcta comprensión.

Una de ellas, a la que se llamó la atención cuando estábamos considerando el cap. 11, es la repetición, siete veces en total en ese capítulo y en éste, de la palabra griega que se traduce como “reunís” o “congregáis”. Estos son, como fue dicho, los únicos lugares en el Nuevo Testamento donde se usa con referencia a las reuniones de la Asamblea; y forman un vínculo tal entre los dos capítulos, que nos debe hacer borrar lentamente cualquier distinción entre las reuniones que se ven en cada caso, aunque en el cap. 11 tiene que ver con la ordenanza del memorial y en el cap. 14 con el ministerio.

Otra expresión que apunta en la misma dirección es la frase “en iglesia” o “en congregación”, (sin el artículo definido en el griego, a pesar de que se inserta en algunas versiones). Esto ocurre en los v. 19, 28, 35, del cap. 14; y sólo se encuentra en otros lados en el capítulo 11:18. Evidentemente esto significa “en iglesia como congregada para una reunión”, y puede contrastarse con la otra frase “en la iglesia” (con el artículo), que tenemos en cap. 6:4, cap. 12:28, etc.

En cuanto a los dos dones, “profetizar” y “hablar en lenguas”, de los cuales nuestro capítulo tiene mucho que

decir; se dará cuenta de que mientras el segundo aparentemente era considerado por los Corintios como el don más grande que poseían, el primero era en la propia estimación de Pablo como segundo, sólo después el apostolado. (Ver cap. 12:28 y Ef. 4:11). Por lo tanto, eran muy apropiados para ilustrar la lección que buscaba enseñarles aquí – que el propósito en el ejercicio de dones no debería ser la propia exhibición, sino el beneficio de los santos. Aún cuando esta lección ha sido aprendida, tiene una aplicación mucho más amplia que estas dos solamente, como puede verse en el versículo 26, donde después de mencionar el ejercicio de diversos dones el apóstol añade, “Hágase todo para edificación”.

Estas exhortaciones dadas en este capítulo de “procurad los dones espirituales” (v.1), de “pida en oración poder interpretarla” (v.13), y “procurad profetizar” (v.39), como ese en el cap. 12:31 de “procurad, pues, los dones mejores [mayores]”, implican, como ya se señaló, que estos dones se pueden obtener por la oración y el ejercicio con respecto a ellos. Si no, las exhortaciones carecerían de sentido; mientras si esto era así, la afirmación que a veces se escucha, que tales dones sólo se podían obtener mediante la imposición de manos de un apóstol, parece ser incorrecta.

Que en ciertos tiempo fueron conferidos de esa manera lo sabemos por Hechos 19:6, del mismo modo que sabemos por 2 Tim. 1:6 que el evangelista Timoteo recibió el don de la misma manera. Sin embargo, se encuentra muy poco para sostener que sólo por la imposición de manos de un apóstol puede ser dado el don de evangelista. Puede decirse que conceder este punto está regalando algo a aquellos que defienden actualmente desatinadas imitaciones de “hablar en lenguas” y “profetizar”; pero la verdad es que nunca ha ayudado realmente traer en su ayuda declaraciones que no pueden ser probadas claramente por las Escrituras, y que sólo pasan por vigentes porque no han sido probadas.

Otro ejemplo de la misma clase es la opinión que a veces se expresa que el don de lenguas resultó en la habilidad de predicar el evangelio en lenguas extranjeras desconocidas anteriormente. No tenemos una declaración en este sentido, ni un ejemplo de esto en la Palabra de Dios; y es inconsistente con el hecho, claramente establecido en 1 Cor. 14:13, que un hombre podría tener el don, y aún así ser incapaz de interpretar lo que él mismo había dicho.

Que las “lenguas” eran idiomas reales es lo suficientemente claro por la exclamación de los extranjeros de todas partes en Hechos 2:8-11, “¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” Pero el mismo pasaje también muestra que las palabras que se escucharon no era un llamado evangélico dirigido a sí mismos, sino a hablar como el Espíritu les daba que hablasen de “las maravillas de Dios”. Y no es dada ninguna indicación de que los oradores entendieron sus propias expresiones, aunque estos extranjeros lo hicieron.

Del mismo modo, en 1 Cor. 14 el ejercicio del don de lenguas se describe como oración (v. 14), como canto (v. 15), como acción de gracias (v. 16), pero no como predicación del evangelio.

Sin embargo, por otro lado, en aquellos días difícilmente podía ser nombrada cualquier ciudad en la que se encontraran más extranjeros que en Corinto, un hecho que puede sugerir una razón para que el Señor dispensara este don mucho más ampliamente ahí de lo que pudiera haber sido el caso en otras partes; no como un medio de predicación directa del evangelio a ellos, sino “como una señal” (v. 22), tal como había sido el caso en Pentecostés.

Con respecto a “Profetizar”, no sería una tarea fácil dar una definición de esa palabra lo suficientemente amplia para abarcar todas las circunstancias en las que se introduce en la Palabra de Dios.

En nuestro lenguaje moderno esta palabra se ha vuelto tan ligada a predecir el futuro, que apenas podemos pensar en cualquier otro tipo de relación; aunque mucho de lo que la Biblia llama profetizar no es en lo absoluto de este carácter.

En un extremo se utiliza para los escritos completamente y verbalmente inspirados encontrados en las Escrituras; mientras que por el otro la tenemos aplicada incluso a la música y acciones de gracias de los Levitas en los servicios del Templo. Véase 1 Crónicas 25:1-3, y observe la notable expresión en el v. 2, donde se dice que “profetizaba bajo las órdenes del rey”. ¿Podríamos decir que de la misma manera los profetas de Corinto debían profetizar “bajo las órdenes” del apóstol como se entrega en este capítulo 14, y enfatizó en los versículos finales? Por último, es claro que lo que aquí se llama profecía no puede estar en el mismo plano que los escritos de los profetas del Antiguo Testamento, ya que Pablo se siente en libertad de limitar su cantidad, y sugiere en el v. 29 que los demás presentes deben juzgar en cuanto a su calidad. Si estos hombres estaban hablando las mismas palabras que Dios en ese momento les estaba dando a hablar, ¿el apóstol se hubiera atrevido a limitarlos así? Y por otro lado, el uso de las palabras “revelación” (v.6) y “revelado” (v.30) nos asegurarían que de alguna manera se estaban entregando mensajes de Dios.

Probablemente el paralelo más cercano a ellos en las profecías del Antiguo Testamento serían aquellas de las que leemos en Num. 11:25-27 de parte de los setenta ancianos. También aquí se le pidió a Moisés que se los “impidiera” a algunos de ellos; y su respuesta, “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta”, suena muy parecido a las palabras de Pablo aquí, “Quisiera que todos... profetizaseis” (v.5).

Una cosa más. En medio del cap. 14 se sugirió un punto interesante por la mención de cierta gente llamada “indoctos”. Que éstos no eran miembros de la iglesia local parece claro por las palabras del v. 23, “Si, pues, toda la

iglesia se reúne en un solo lugar... y entran indoctos”. Sin embargo, por otro lado, se distinguen cuidadosamente de los incrédulos por la frase utilizada, tanto en este versículo y en el v.24, “indoctos, O incrédulos”, y “algún incrédulo, O indocto”.

¿Quiénes, pues, pueden ser ellos, si no los que habiendo profesado fe en Cristo no han sido recibidos en la comunión de la Asamblea? Podemos dejar a los que nos dicen que no hay tal cosa en el Nuevo Testamento como la recepción a una iglesia local, que encuentren otra explicación de los indoctos, consistente con lo que el capítulo dice de ellos. Mientras tanto, es de notar que aunque el indocto o el incrédulo pueden ser llevados a reconocer que “verdaderamente Dios está entre vosotros” (v. 25); sólo es del indocto [simple oyente], y no del incrédulo, quien se piensa que dirá “Amén” a las acciones de gracias (v. 16).

La Palabra Viva de Dios

“Porque la palabra de Dios es viva...” Heb. 4:12, “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tes. 2:13).

“El primer asunto del intérprete de la Escritura es descubrir exactamente lo que cada versículo o párrafo significaba en el momento y lugar donde fue escrito; y hay ganancias sin fin en la determinación exacta de esta aplicación original. Pero, aunque la tarea del intérprete comienza con esto, no termina ahí. La Biblia es un libro para todas las generaciones; y la deducción del mensaje que pretende transmitir al día de hoy es verdaderamente la tarea del intérprete. Hay una especie de exégesis, a veces arrogándose a sí mismo el único título que se considera científico, con el cual el huerto de la Escritura es transmutado en un herbario de especímenes marchitos” (James Stalker).

La Palabra de Dios es única entre todos los escritos sostenidos en las manos de los hombres y leídos con su inteligencia. Mientras que otros escritos seguramente pueden mover corazones y espíritus, y pueden influir en los seres humanos individualmente o en conjunto, sólo hay un Escrito que es atemporal [N.T. eterno, que nunca pasará de moda] en su alcance, aplicación, entendimiento y apreciación. El Santo Registro que Dios nos ha dado en verdad es eterno, y no sólo permanecerá cuando todo lo demás haya sido consumado, sino que tiene, y seguirá siendo apropiadamente aplicable a todo pueblo, toda

nacionalidad, todo lugar, toda situación, para los jóvenes y los viejos, para el tierno y el encallecido, para el erudito y el iletrado, para el diligente y para el apático por igual.

Es la gran responsabilidad de la persona que acepta la carga de la enseñanza de las Escrituras el extraer de las profundidades de este Pozo Vivo, beber profundamente en el Manantial, y en santa comunión con el Divino Autor, para ser guiado en la apertura de estas verdades eternas a sus oyentes, en fidelidad a Aquél que lo ha enviado, más que en temor de aquellos que escuchan sólo para acusar. Debe entender su interpretación correcta, y dar el significado de esto a su audiencia. Debe dar la aplicación más apropiada de las verdades mientras el Espíritu Santo lo guía, sea para aliento o exhortación, sea para acusación o censura, sin miedo a los hombres, sean infieles o profesantes, que buscan ejecutar al que vive y obra efectivamente en los corazones de los creyentes.

Que el Señor anime a todos los que toman Su Palabra con el verdadero ejercicio de corazón y don del Cristo elevado, a proclamar con valentía las vivas verdades eternas, esperando la comprensión y la aplicación de ellas para cambiar de forma efectiva las vidas de quienes las escuchan. Que Él levante más hombres entre nosotros que digan fielmente a sus audiencias “lo que Jehová había dicho”. Que efecto de esto, haga que los creyentes eviten los falsos caminos y sabiduría del mundo, y aprendan el gozo de la obediencia a la “sabiduría que proviene de lo alto”. Que creyentes santos, separados, ordenen su conducta de tal manera que los hogares y asambleas de la que forman parte sean fortalecidos y preservados para la gloria del Señor, hasta el momento cuando Él llame al maestro y al oyente por igual a Su presencia para dar cuentas de nuestra mayordomía.

Toda herejía es la Biblia más, o la Biblia menos.

L. S. Chafer

Peligros de las Asambleas

William Bunting, “Balance Espiritual”

Peligros Diversos

Es necesario repetir que el camino de Dios para Su pueblo es uno de separación intransigente del mundo, sin compromiso en todos sus aspectos, político, comercial, eclesiástico, social y matrimonial. Esta es la clara enseñanza de 2 Corintios 6:14-17, las palabras de que “no admitamos ningún tipo de concesión; son absolutas y permanentes. No deben ser consideradas como un sentimiento o una teoría, o malgastarlas al aplicarlas a un círculo limitado. Su fuerza completa y autoridad deben ser sentidas, obedecidas, reforzadas, y manifestadas en todas partes” (“Cartas de

Interés”). Esta enseñanza, si se aprendió en comunión con Dios, nos preservará de los peligros de la mundanalidad, contra la cual ya hemos sido advertidos. Sin embargo, hay otras formas sutiles de alejamiento de Dios. Algunas de éstas que ya han sido consideradas en las páginas anteriores, junto con otras aún no nombradas, hoy requirieren ser especialmente subrayadas.

El Peligro de la Inconsistencia

Existe el peligro de la inconsistencia. Por lo tanto, véala en forma vigilante, que su santidad personal, gentileza y cuidadosa consideración por los demás mantengan el paso con su exigencia por el orden de la Iglesia en público. No “cuele el mosquito y trague el camello” como muchos lo hacen. Sea estricto en juzgarse a sí mismo antes de criticar a los demás. Recuerde que la primera cualidad en 1 Timoteo 3 es una vida “irreprensible”. Esto es muy razonable, porque ¿qué peso puede tener la defensa de la verdad de un hombre si se sabe que su pasado no es normalmente limpio, que es dado a la codicia, o que su vida familiar no es correcta? Recuerde que el llamado a “salir de en medio” (2 Cor. 6:17) y vivir una vida separada es seguido por el llamado a vivir una vida santificada (cap. 7:1); y que si bien Pablo anduvo en un camino estrecho (cap. 6:14-17), lo hizo con un gran corazón por el pueblo de Dios (cap. 6:11). Todo esto pone de manifiesto la necesidad del equilibrio divino. Pero cuando las piernas desiguales del cojo espiritual se evidencian, ¿necesitamos maravillarnos si los hombres se burlan de su andar desgarbado y sin gracia?

El Peligro del Prejuicio

Además, tenga cuidado, amado santo, de dejar la simplicidad que es en Cristo y convertirse en formal y legalista. Tenga cuidado de sostener la verdad en una manera orgullosa y carnal, que es más inclinada a endurecer que a ganar.

Por encima de todo, tenga cuidado con permitir que el prejuicio amargue su espíritu y le robe su amor por todos los santos, porque es increíble la distancia a la que pueden conducir los prejuicios, incluso a hombres buenos. Sus compañeros Excluvistas solían sentirse escandalizados cuando vieron al Sr. J. G. Bellett caminar codo con codo por las calles de Dublín con los llamados hermanos Abiertos, pero el santo hombre tenía tanto de la presencia de Dios con él, que nadie se atrevió a reprenderlo. Evite el espíritu de estos detractores. Podrían ser mencionados muchos otros ejemplos de prejuicio. Preguntado acerca de las reuniones especiales que habían sido convocadas en una asamblea, un hermano respondió, “Yo fui alguna noche sólo por pasar”. El predicador era un hombre santo y bueno, cuyo servicio a Cristo era perfectamente bíblico, pero estaba fuera del pequeño círculo de compañerismo del hermano. Eso hizo toda la

diferencia. ¡Oh, qué bajos e indignos pueden llegar a ser nuestros pensamientos de la obra sagrada de Dios y que estrecho espíritu partidista nuestro lenguaje traiciona a veces! Si el predicador hubiera sido uno de “sus hombres”, el hermano hubiera estado presente cada noche con un rostro radiante. Algunos de los que han desarrollado una clase de complejo de superioridad espiritual se ausentan regularmente de las reuniones de la asamblea cuando ciertos honrosos siervos del Señor van a hablar, hecho sin, evidentemente, tener un remordimiento de conciencia, permiten a sus sentimientos partidarios llevarlos a extremos aún más grandes.

Al enterarse que su hijo inconverso estaba atendiendo reuniones especiales del evangelio, realizadas por dos fervientes evangelistas, un caballero cristiano exigió a su hijo regresar a casa de inmediato, cosa que hizo. Los predicadores, nuestros estimados hermanos finados, James Marshall y William McCracken, se sintieron muy desilusionados por esto, porque habían estado orando por la conversión del joven. El padre estaba en un extremadamente estrecho círculo de comunión, y la extraña petición no cristiana fue hecha simplemente porque los evangelistas no estaban en su comunión. La triste secuela de la historia es que un poco más tarde el joven perdió la vida, sin dejar ninguna esperanza para la eternidad. No es necesario decir que tal actitud es totalmente ajena al espíritu de Cristo, pero tal es el alcance al que los prejuicios de partido pueden conducir aún a hombres buenos. Tenga cuidado de esto, amado, como si fuera la plaga. Es hijo de la ignorancia, y siempre y cuando controle la mente de un hombre, será suyo un juicio deformado y perverso.

Dado que se necesitan todos los dones de la Cabeza Resucitada, al igual que todos los miembros del cuerpo humano son necesarios si se quiere funcionar plena y armoniosamente, ame y apoye en toda forma posible a todo sincero siervo de Cristo, enviado de Dios, que honra a Dios, sin parcialidad. La parcialidad era una maldición en Corinto, donde uno favorecía a Pablo, otro a Apolos, etc. (1 Corintios 1:12), como ya hemos visto; y fue el pecado de Diótrefes llevado a una longitud extrema (3^a Juan). Los versículos 5 al 8 nos enseñan que nuestras oraciones, hospitalidad e interés práctico abarcarían, tanto como sea posible, a todo obrero piadoso, encomiable, en casa o en el campo misionero. “Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad” (v. 7, 8). Sin embargo, algunas asambleas parecen tener comunión con sólo unos pocos elegidos, como si el Dueño de la Mies no tuviera ninguna preocupación por los demás. ¡Oh, qué bueno es que Su amor y cuidado no son tan limitados e inconsistentes como lo son a veces los santos! Aún el amado Pablo tuvo que

suplicar a sus propios hijos espirituales, diciendo, “Admitidnos: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado” (2 Cor. 7:2). ¡Qué extraño y patético que alguien tan cerca del Señor como el Apóstol –uno con el corazón tan noble, abnegado y afectuoso, debiera recordarles a los que le debían su misma salvación, que él nunca les había dado ninguna justa razón para volverse en su contra como lo habían hecho!

El Peligro de la Lengua Murmuradora

Si usted fuera justo e imparcial, no prestaría su oído a la lengua que murmura mal de otro. Usualmente logra su propósito malicioso con la propagación confidencial de rumores, suposiciones o insinuaciones. Magnífica insignificancias, impugna motivos, tergiversa los hechos, y se deleita en crear una atmósfera de sospecha. Se aprovecha del oído dispuesto, abierto, del cristiano incauto, y más de una reputación se ha arruinado por una mentira que habrá recorrido medio mundo antes de que la verdad se haya puesto sus botas. Hablando de la costumbre de algunos predicadores de circular calumnias, Spurgeon dijo que verdaderamente “cuaja toda la leche de la bondad humana en el (propio) seno del hombre, y se vuelve más apto para el cuerpo de detectives policíacos que para el ministerio”. Los que participan en este miserable asunto normalmente se complacen en ir de casa en casa y de asamblea en asamblea, entrometiéndose e interviniendo en los asuntos de otras personas, al igual que las viudas chismosas de 1 Tim. 5:13. Nunca en las Escrituras el murmurador es visto como otra cosa que un luz maligna (Ver Salmo 41:17; Isaías 29:4; Romanos 1:29, y 2 Corintios 12:20); y nunca nuestro Señor o Sus apóstoles se involucraron en nada subrepticio. Cuando Pablo escuchó el reporte desfavorable sobre los Corintios, les escribió con respecto al mismo, y nunca se retrajo de nombrar a sus autores (1 Cor 1:11). Con él todo era abierto y transparente, y esta debería ser siempre nuestra actitud. “Contra un anciano no admitas acusación, sino con dos o tres testigos” (1 Tim. 5:19). La murmuración es una plaga moral- una práctica maliciosa, que no logra nada mejor que la separación de los “mejores amigos” (Prov. 16:28). “No andarás chismeando entre tu pueblo... Yo Jehová” (Lev 19:16). Ningún cristiano piadoso con una buena consciencia continúa una campaña de murmuración contra los demás.

Aléjese del murmurador, cualquiera que sea su pretensión. No es un verdadero amigo. Dígame que se vaya. Lo que hemos dicho se aplica especialmente a los sobrevedores. No es raro que lo que se habla en privado al oído se anuncia públicamente en los asuntos de reuniones de la asamblea. Sin duda es un asunto intensamente serio para los hombres sentarse ahí y utilizar su influencia contra hermanos piadosos, como se ha hecho en algunas ocasiones. A veces, quien hace así son hombres cuyas vidas pasadas son, por decir lo menos, muy lejos de ser perfectas.

Por lo tanto, antes de creer cualquier rumor acerca de un hermano, investiguelo a fondo, y no se debe olvidar que el pecado de Joab fue que mató a “dos varones más justos y mejores que él” (1 Reyes 2:32). ¡Asunto solemne!

(Continuará)

Cada año, e incluso, cada día que vivimos, debemos ver más claramente cómo todo el descanso, la alegría y el poder de nuestra vida cristiana gira alrededor de una cosa: tomarle la Palabra a Dios, creyendo que significa exactamente lo que Él dice, y aceptando las mismas palabras en las cuales Él revela Su bondad y gracia sin reemplazar a las demás, o sin alterar los modos y tiempos precisos que Él ha tenido a bien utilizar.

Jehová es Justo y Ama la Justicia

Joel Portman

Hemos notado en artículos anteriores que la justicia es una cualidad que deleita el corazón de Dios. Él es justo y busca la justicia en todo. Esto, como hemos dicho, no es una norma de justicia que es conforme a los hombres o que es aceptable a ellos, sino que es una norma que ninguno alcanzamos, ya que es la cualidad de hacer lo que es completamente correcto en todas las ocasiones. Admitimos libremente el fracaso en nuestras propias vidas en comparación, cuando nos confrontamos con este requerimiento alto y elevado, pero debe ser nuestro ejercicio de corazón buscar estar al nivel tanto como sea posible.

Dios está trabajando para finalmente establecer la justicia en el mundo (2 Pe. 3:13), “nuevos cielos y tierra nueva”, donde mora la justicia, o donde estaremos “en casa”, o morando permanentemente). Esto es, entonces no habrá nada que contradiga sus normas ni viole sus principios. El pecado y la rebelión en contra de la voluntad de Dios no existirán más, y Su voluntad y autoridad serán establecidas absolutamente en la tierra. Esperamos con anhelo ese día en que el justo Señor reinará en indiscutible soberanía sobre todo el universo. Pero hasta entonces, es nuestra responsabilidad vivir como ciudadanos del reino de justicia y demostrar a un mundo injusto que estamos anticipando conscientemente esa gloriosa consumación de los propósitos de Dios.

Dado que es el deseo final de Dios y nuestra ambición presente, también significa que el Señor se deleita en la compañía de los santos que en conjunto están tratando de actuar de acuerdo a principios justos. Con el fin de hacerlo así, por supuesto, la Palabra de Dios debe estudiarse y comprenderse cuidadosamente, para que las acciones

sean controladas y determinadas por la voluntad de Dios. Nada debe hacerse porque “nos parece correcto hacerlo”. Eso está muy cerca de ser igual a la evaluación de Dios sobre Israel al final de Jueces, “Cada uno hacía lo que bien le parecía”. Esa condición indica que la autoridad de Dios está siendo ignorada o rechazada, ya que existía cuando no había rey, ni una fuente de autoridad humana en aquellos días. La falta de una figura humana nunca debería haberles causado hacer “lo que bien le parecía”. Eso es característico de los últimos días, y aunque estamos en estos días, no debemos ser controlados por las condiciones de los últimos tiempos. Sin embargo, recordando que Filadelfia precede a Laodicea (Ap. 3), hay una delgada línea que divide una de la otra, y cada condición no es permanente.

Líderes del Antiguo Testamento

Aprendemos de los principios y pasajes divinos del Antiguo Testamento que se buscaron hombres justos para dirigir al pueblo de Dios. Dios les enseñó en Ex. 23:7-8, “de palabra de mentira te alejarás, y no matarás al inocente y justo; porque yo no justificaré al impío. No recibirás presente; porque el presente ciega a los que ven, y pervierte las palabras de los justos”. Su juicio no debía ser influenciado por tentaciones de cualquier naturaleza. Una vez más en Ex. 18:21, Jetro, el suegro de Moisés, le aconsejó que escogiera “de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti”. Parece claro que éste era el requisito para los que guiarían y gobernarían a Israel, y que se esperaba que lo hicieran así, después de haber aprendido la verdad por Moisés (quien puede ser visto típicamente representando a Cristo), y bajo su autoridad.

Lev. 19:15 enfatiza la misma verdad: “No harás injusticia en el juicio, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo”. Cualquier cosa que pudiera causar una injusticia entre el pueblo debía evitarse estrictamente para que la nación pudiera caracterizarse por la rectitud y la justicia entre ellos. Esto indica que debía evitarse estrictamente la parcialidad en cualquier forma de juicio. Las amistades, personalidades, y otras características personales no podían entrar en sus decisiones. Dios no hace acepción de personas, ni tampoco ellos debían hacerlo. La inconsistencia en los juicios o aún en las valoraciones personales a menudo es una plaga entre el pueblo de Dios de cualquier tiempo y puede causar mucho desánimo y desaliento.

Moisés encargó a los que llevarían esta responsabilidad en Deut. 1:15-17: “Y tomé a los principales de vuestras tribus, varones sabios y expertos, y los puse por jefes sobre vosotros, jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez, y gobernadores de vuestras tribus. Y entonces mandé a vuestros jueces, diciendo: Oíd entre

vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, y el extranjero. No hagáis distinción de persona en el juicio; así al pequeño como al grande oiréis; no tendréis temor de ninguno, porque el juicio es de Dios; y la causa que os fuere difícil, la traeréis a mí, y yo la oiré”. Éstas, con otras referencias, enfatizan la solemne importancia de mantener la justicia entre el pueblo de Dios (Sal. 72:2, Deut. 16:18-20, 19:17-21). La condena de Dios a la nación fue que habían dejado de hacerlo así (Is. 5:23, Jer. 22:3-9).

Requisitos del Nuevo Testamento

El Señor respondió a las críticas de los judíos en Juan 7:24 diciendo, “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”. Es decir, con el fin de juzgar cualquier asunto con justicia, debemos tener todas las pruebas, por lo menos tantas como sean posibles, y no evaluar ninguna situación por lo que aparenta ser en la superficie. Muy a menudo, por desgracia, somos propensos a hacer un juicio sobre un asunto en nuestros corazones, y posiblemente, en nuestro hablar, sobre algo que puede estar lejos y del cual sólo conocemos una parte, o un lado de la historia. Esto es aún más cierto en estos tiempos de comunicación instantánea, que pueden llegar a través de grandes áreas de un país o alrededor del mundo. Además, lo que está en el corazón es desconocido para nosotros, y presumir juzgar los motivos de un hermano es tratar de hacer algo que sólo Dios es capaz de hacer. Una vez se produjo un incidente cuando un hermano, por teléfono, atacó a otro por alguna falta diciendo que sólo estaba haciendo estas cosas para sí mismo. El hermano que incriminó no tenía idea, ni ningún derecho a juzgar los motivos del otro, ya que al hacerlo estaba mal, en primer lugar, y no podía saberlo a ciencia cierta. Por supuesto, hay cosas que se pueden decir a veces, que un pensamiento más racional hubiera impedido.

Ah, los Suyos son tuyos para servir; los hermanos de Cristo aquí

Están necesitando ayuda; en ellos tú sirves a Él.
El más pequeño de todos aún es Su miembro amado;
El más débil costó Su sangre-vida para redimirlo,
No ceder a ningún “partido”, Él reclama justamente,
Quien Su corazón lleva todos los nombres de Su pueblo.
No seas siervo de los hombres, piensa que precio tan alto
Fue pagado para que tú fueras Su propio esclavo,
Cuyo servicio es la libertad perfecta. Deja que esto
Afirmar tu corazón. Su reclamo es mayor en ti;
Nadie debe cautivar tu alma, a quien así es dado
Servir en la tierra, con libertad en el Cielo.

Citado por W. Bunting en “Equilibrio Espiritual”.

Disciplina de la Asamblea

Por desgracia, ya que somos hombres, puede haber, y ha habido casos cuando la disciplina de la asamblea no se ha llevado a cabo con justicia ni sobre fundamentos bíblicos.

Uno lamenta reconocer esto, pero es la verdad. En un caso, un número de hermanos y hermanas fueron expulsados de una asamblea por expresar a los ancianos sus inquietudes sobre algunas prácticas de la asamblea. En otra, un hermano fue removido de la comunión por quejarse, después de que él había sido invitado a una reunión de ancianos y se le pidió expresarles las preocupaciones que tenía. Afortunadamente, en ese caso, los hermanos fueron lo suficientemente honestos para reconocer más tarde que se habían equivocado, pero fue demasiado tarde. Incluso otro implicó que un buen hermano fuera expulsado de una asamblea local por un asunto trivial que ocurrió en una reunión familiar. Tomar las cosas triviales y ampliarlas con cualquier excusa para actuar contra un hermano podría indicar un deseo de castigar a otro simplemente por prejuicio. ¡Eso no es justo! Un hermano fue amenazado con la disciplina por un tiempo prolongado debido a un pensamiento que había expresado con respecto a un punto de la Escritura, a pesar de que nunca se le había enseñado. Puede haber actos de disciplina que no tengan el claro apoyo de la Escritura ni de los hechos. Esto no debería existir si prevaleciera el justo juicio sin prejuicio entre los santos, pero de nuevo, sin hacer excusas por las fallas, tales desviaciones de juicio pueden ocurrir cuando los hermanos no son guiados explícitamente y espiritualmente por la Palabra de Dios. Sin embargo, al decir esto, admiramos, apreciamos y nos adherimos a la mayoría de los que buscan hacer lo que es correcto y bíblico por el bien del pueblo de Dios.

Es posible actuar en un asunto sin una cuidadosa consideración de todos los aspectos y sin una espera en Dios cuidadosa y prolongada. Un asunto puede haber existido continuamente por años en la vida de un hermano o incluso en una asamblea, pero cuando sale a la luz, algunos sienten que tiene que actuar con rapidez y sin asegurarse del asunto y actuar con prudencia. Si ha existido desde hace muchos años, ¿hay alguna necesidad de apresurarse si existiera la posibilidad de cometer un error? Obviamente, hay casos que son claros y no hay necesidad de demora, pero a veces hay una necesidad de tiempo y cuidadosa consideración sin prejuicio ni preferencia, para que se ejecute la voluntad de Dios. Él no condena al justo ni tiene por inocente al culpable, pero nosotros posiblemente podemos hacerlo, debido a nuestras limitaciones de conocimiento. Hay una necesidad en todos los casos de una sabiduría que desciende de lo alto, divina en su origen, que a veces va contra la corriente de la opinión popular. Uno recuerda un caso cuando la mayoría de los hermanos de una asamblea sienten que un hermano debía ser disciplinado por codicia, pero los ancianos, actuando con mesura y sabiduría, consideraron que no había suficiente evidencia clara para hacerlo, y se abstuvieron de actuar así. Esa decisión no fue popular, pero probablemente fue correcta.

Otras asambleas que actúan autónomamente pueden evaluar si el juicio por otro es justo, bíblico, y correcto o no.

Cómo reaccionen y qué harán será su responsabilidad ante el Señor también, recordando que Dios no simplemente autoriza una decisión de la asamblea en forma rutinaria, sin cuestionamientos. Parece claro en Mat. 18:18, que el tiempo indica que es responsabilidad de la asamblea local de creyentes actuar en un asunto desde la perspectiva de conocer lo que Dios ya ha determinado, y ejecutar justicia de acuerdo con Su norma en la congregación de santos en la tierra. Es decir, que lo que aten en la tierra ya ha sido atado (prohibido) en el cielo, y viceversa. Si lo que hace una asamblea no es la mente de Dios revelada en Su Palabra, sería difícil esperar que un Señor justo estuviera de acuerdo con ello. Esto requiere una cuidadosa valoración de todo asunto a la luz de las Sagradas Escrituras, para saber claramente lo que es la mente de Dios. El uso incorrecto de pasajes para tratar de apoyar cualquier acción no podría caer dentro de esta categoría o ser justo.

Si bien existe una diferencia de opinión en 3 Juan, sobre si Gayo estaba o no todavía en la asamblea donde Diótrefes gobernaba, a este escritor le parece que el lenguaje apoyaría, por lo menos, la posibilidad que ya no estuviera entre ese número. No se puede ser dogmático al respecto, pero ya que Gayo recibió (v.5) a los que Diótrefes rechazaba y les prohibió hacerlo así (v. 10), aún expulsándolos de la iglesia, sería difícil visualizar a Gayo permaneciendo en esa comunión. Si lo estaba, es evidente que no había estado en el lado popular y había sufrido dificultades por sus acciones. Si no estaba en la asamblea, parece evidente que el anciano apóstol Juan no reconoció tal acto, sino que continuó reconociendo la fidelidad del amado hermano a quien estaba escribiendo. Hubiera sido injusto hacerlo y hubiera actuado conforme a una mala acción.

Que el Señor nos permita en estos días de débil testimonio de asamblea, tratar de mantener principios justos, evitando hacer lo que es justo ante nuestros ojos o lo que parece prevalecer en el mundo que nos rodea. Tengamos cuidado en reconocer la responsabilidad ante nuestro justo Señor, y de mantener un ámbito donde los santos sean capaces de seguir en una medida de seguridad de que si actúan conforme a las Escrituras, podrán seguir disfrutando de la comunión en la asamblea local sin temor. Tal ambiente será agradable al Señor en medio de un mundo y una sociedad que es cada vez más injusta.

El Hombre del Calvario

Henry-de-Graaf

Hay un Hombre en trono allá
Que sufrió una vez por mí;
Mi pecado, mi culpa, Él hizo propios
En el lóbrego, lóbrego Calvario.

Ese Hombre bendito, del Calvario,
Lo alabaré a Él más y más.

Y todavía así por toda la eternidad
A ese Hombre sin igual adorar.

Una mano perforada estaba sobre el trono,
La otra puesta en mí.
El Hombre en medio, mi causa ha ganado,
En el lóbrego, lóbrego Calvario.

Él reconcilió al pecador,
La ira de Dios apaciguó;
La pena, el dolor, Él solo llevó,
El Hombre sin igual, por mí.

A veces, mi corazón dentro se derrite,
Y no puedo decir palabra.
Cuando medito en el dolor que Él sintió
En el lóbrego, lóbrego Calvario.

Pero, oh, dulce pensamiento, lo veré
Él viene pronto por mí.
El objeto de toda adoración entonces,
Ese Hombre sin igual, será.

Fuerza Renovada

Juan 21:11

Cuando el Bendito fue llevado ante el juicio del sumo sacerdote “como cordero... llevado al matadero”, Pedro, quien lo había seguido desde lejos, se sentó “fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices”. Entonces cambió de lugar, saliendo a la puerta, cuando otra criada dijo, “También éste estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre”. Otra vez se movió, entrando al patio del juicio, de pie junto al fuego, donde fue llamado a enfrentar la misma acusación. “Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre” (Mat. 26:69-74).

Él ya no era una roca, sino polvo y cenizas soplados lejos por el aliento de una criada. Siguió la muerte y la resurrección de su Señor repudiado y deshonrado, y encontramos al discípulo que lo negó con seis de sus compañeros discípulos en las orillas del mar de Galilea. Inquieto, insatisfecho consigo mismo, infeliz, anhelando ocupación y emoción, “Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada”. Ellos habían aprendido por experiencia propia la lección que el Maestro les había enseñado antes de Su partida, “Sin mí nada podéis hacer” no, un poco, sino “nada” (Juan 15:5).

Pero, “cuando ya iba amaneciendo”, justo tipo de la inminente mañana del milenio, “se presentó Jesús en la playa”, desconocido para los discípulos que no esperaban

Su venida ahí, en ese momento. Él los llamó en el idioma familiar del país, preguntándoles si habían capturado algo, y entonces Su voz resonó a través del agua, “Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces”.

Instantáneamente, la rápida percepción del amor de Juan, mirando a la luz de la comunión sin obstáculos, le llevó a decir a Pedro, “¡Es el Señor!”. Qué anuncio hecho a alguien que pocos días antes cobardemente había declarado maldiciendo, “¡No conozco al hombre!”. Si hubiera sido como muchos ahora que han negado a su Señor, hubiera exclamado, “¡Déjenme esconderme en el fondo del barco, déjenme desplegar las velas y apresurarme al otro lado del mal, déjenme de alguna manera escapar de Su presencia!”. Pero no, ciñó sus ropas de pescador alrededor de él, y, saltando al mar, nadó directamente a los pies que todavía llevaban las marcas de los clavos. En respuesta a la intercesión que nunca falla, su fe no había faltado, y mientras la ley lo hubiera apaleado, la gracia lo atrajo para ser restaurado a la comunión perdida.

“Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan”. El Amo de la fiesta había provisto el refrigerio para sus cansados invitados, así como Él dará la bienvenida a Sus “pescadores de hombres” (Mar. 1:17) en la mañana de la gloria milenaria, y así como está ahora enviando la preciosa invitación de Su gracia a los pecadores que perecen, “Venid, que todo ya está preparado” (Luc. 14:17); “Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar”; porque los santos del Antiguo y Nuevo Testamento se presentarán juntos en Su venida. “Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió”.

Esta es una declaración notable, en vista del testimonio anterior de que los discípulos todos juntos, “ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces”. Pero lo que siete hombres no pudieron hacer en su propia fuerza, un hombre lo hizo fácilmente cuando fue a su trabajo desde los pies de Jesús. Pedro era más débil que una delgada hebra cuando siguió a su Señor desde lejos, pero en la presencia de su Señor vino sobre él un poder septuplicado. La mirada de reproche en el pretorio había roto su corazón, y lo envió fuera, a la oscuridad y soledad, a llorar amargamente; y ahora la mirada de amor lo había emocionado con energía sobrehumana, como lo hizo con Gedeón, cuando “mirándole Jehová, le dijo: Vé con esta tu fuerza” (Jueces 6:14). Él comenzó a entender las palabras que se dijeron cuando se predijo su caída, “pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Luc. 22:32).

El lugar de fortaleza todavía se encuentra a los pies de Jesús, y la fortaleza se impartirá precisamente en proporción como nos acercamos a Su divina persona en comunión consciente. “El da esfuerzo al cansado, y

multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Is. 40:29-31). “Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová” (Sal. 27:14).

Es humillante saber, si se puede hablar por otros, que somos muy lentos para valernos de la fuente confiable de fortaleza que se encuentra en Cristo para el más débil que preste atención a Su tierno ruego de permanecer en Él (Juan 15:4). Permanecer implica, no un acercamiento formal y ocasional en Su presencia, sino comunión cercana y constante; y no hay límite para el poder de aquellos que permanecen así. “Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán. *Selah* Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas, en cuyo corazón están tus caminos. Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, cuando la lluvia llena los estanques. Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion” (Sal. 84:4-7). Pero nuestra fortaleza debe estar en Él, pues es sólo cuando “en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”, que se puede añadir con el apóstol, “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 3:3; 4:13).

Suficiencia en Cristo

Las reservas sin límites de la Providencia están dedicadas al apoyo del creyente. Cristo es nuestro José, quien tiene los graneros llenos de trigo; pero Él no nos trata como José lo hizo con los egipcios, porque Él abre las puertas de sus almacenes, y nos invita a llamar nuestros todos los bienes ahí. Él ha impuesto sobre Su estado de Providencia un cargo perpetuo de una porción diaria para nosotros, y Él ha prometido que un día veremos claramente que la propia finca ha sido cultivada en nuestro nombre, y que siempre ha sido nuestra. El eje de las ruedas del carruaje de la Providencia es el Amor Infinito, y la Gentil Sabiduría es el eterno auriga.

Contentamiento

(Anónimo)

Cleón tiene 400 hectáreas – ni siquiera una tengo yo;
Cleón habita en una mansión, – en un albergue vivo yo;
Cleón tiene una docena de fortunas, - apenas una tengo yo;
Sin embargo, el más pobre de los dos, -- es Cleón, y no yo.

Cleón, es cierto, tiene hectáreas, -- pero el paisaje lo tengo yo;
La mitad de los encantos a mí dados, el dinero no puede comprarlos.
Cleón alberga pereza e insipidez, -- fresco vigor albergo yo;
Él en paño fino, yo con tejidos en casa--el hombre más rico soy yo.

Cleón es esclavo de grandeza,--libre como el pensamiento soy yo;
Cleón paga una docena de médicos, -- ni uno solo necesito yo.
Rodeado de riqueza, rodeado de cuidados, Cleón teme morir;
La muerte puede venir, me encontrará listo ya,-
El hombre más feliz soy yo.

Cleón no ve encanto en la naturaleza, - en una margarita yo;
Cleón no escucha himnos resonando en el cielo y en la tierra;
La naturaleza por siempre canta para mí, -- ferviente escucha soy,
Condición por condición, con toda la asistencia, - ¿quién iría a cambiar?
¡Yo no!

Cleón ningún valor ve en Jesús, -- Su redimido soy yo;
Cleón no conoce ni el descanso ni la paz, -
Paz con Dios ya tengo yo;
Cleón teme su disolución,- “Es mucho mejor”, digo yo,
Cleón no tiene perspectivas celestiales,
¡Cristo y hogar tengo yo!